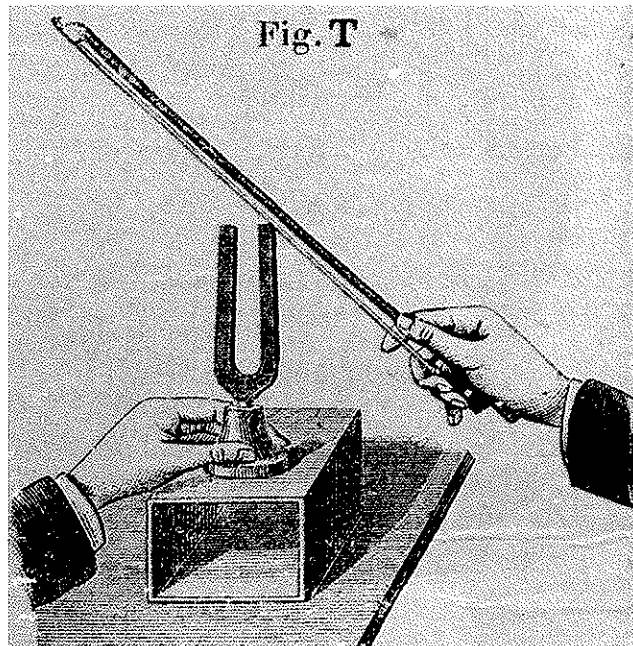


LA IZQUIERDA Y LA TRANSICIÓN

En un artículo reciente, mi amigo Miguel Aguilar argumenta su asombro porque nuestra generación se sienta más orgullosa de sus abuelos, que hicieron la Guerra, que de sus padres, que hicieron la Transición. Es un asombro legítimo. La Transición fue un apaño, si se prefiere una martingala, pero sólo un psicópata –o un intelectual puro– se sentiría más orgulloso de una salvaje orgía de sangre que de una martingala. Lo repito por última vez, a ver si ahora se me entiende: la Transición fue un éxito (un éxito parcial, por supuesto: en la historia los éxitos totales no suelen ser éxitos sino fracasos). El problema es que no fue un éxito por lo que ahora dicen que lo fue, sino por lo contrario; quiero decir que la Transición no fue un éxito porque nuestros padres llegaron a la conclusión de que nuestros abuelos enfrentados por la guerra eran políticamente iguales y de que por lo tanto ni vencedores ni vencidos tuvieron razón en aquella carnicería feroz; no: fue un éxito porque, en la práctica –subráyese en la práctica–, dieron la razón a los vencidos construyendo un régimen en lo esencial idéntico al que ellos defendieron y al que destruyó la sublevación militar: una democracia (una democracia imperfecta, por supuesto: en la realidad las democracias perfectas no son democracias sino dictaduras).

Este logro no debe atribuirse menos a la izquierda que a la derecha; al contrario: en cierto sentido debe atribuírsele más. En los últimos tiempos la derecha ha propagado con gran éxito la especie de que la Transición fue cosa suya y de que ella ya era demócrata (o poco menos) cuando de adolescente Adolfo Suárez jugaba al fútbol en Ávila. La realidad es muy distinta y es que, incluso al principio de la Transición, la derecha o la mayor parte de la derecha no quería una democracia real: quería ensanchar las costuras del traje del franquismo, para que cupiese más gente en él, pero no quería cambiar de traje. Quien sí quería cambiar de traje era la izquierda; y eso fue lo que finalmente se hizo: cambiar de traje, sustituir las Leyes Fundamentales del franquismo por una Constitución y fundar una democracia de verdad. Así que, al menos desde este punto de vista esencial, la Transición fue ante todo un triunfo de la izquierda.

POR ESO RESULTA CURIOSO que de un tiempo a esta parte la izquierda se esté desentendiendo de esa herencia afortunada. El hecho tiene muchas explicaciones (entre ellas el furor freudiano por matar al padre y abrazar al abuelo), pero no se entiende sin recordar dos falacias, o al menos dos verdades muy insuficientes, acuñadas por la izquierda actual a modo de reproche contra la izquierda de entonces. La primera afirma que la Transición fue posible gracias a un pacto de olvido; esto puede decirlo un chaval que no haya pisado una hemeroteca, pero no quien vivió la



Transición y no puede no recordar que en aquel tiempo se habló hasta el hartazgo –en revistas, libros, películas, etcétera– sobre el franquismo y la Guerra; de hecho, la Transición fue posible entre otras razones porque sus protagonistas tuvieron siempre presente el recuerdo de la Guerra y buscaban (y encontraron) un antídoto improvisado contra ella. La segunda falacia afirma que, durante la Transición, la izquierda cedió mucho más que la derecha; esto tampoco se sostiene: la realidad es que la izquierda cedió en lo accesorio, pero la derecha cedió en lo esencial, porque aceptó compartir el poder absoluto que detentó durante el franquismo y entregarle una parte a la izquierda, que desde entonces lo ha tenido mucho más tiempo que la derecha. El triunfo

“En 1978 era imposible desenterrar a los muertos; en 2012 es un espanto que sigan enterrados”

incomprensible de estas dos falsedades ha hecho que una parte importante de la izquierda actual se avergüence de la Transición, la considere un fracaso y haya entregado su monopolio a la derecha, que a menudo la ha mistificado. Por supuesto que algunos problemas de entonces –y en particular la relación con nuestro pasado más próximo– han quedado pendientes, pero lo cierto es que, cuando los hijos hemos querido solucionarlos, tampoco lo hemos hecho mejor que los padres (por

no decir que lo hemos hecho peor): así, en vez de hacer lo que había que hacer para resolver el escándalo de que todavía tengamos las cunetas llenas de muertos –es decir: pagar sin más y con dinero del erario público para que los muertos sean exhumados, identificados y enterrados con honor–, nos inventamos una ley pinturera que de momento ha servido para bien poco y que quizá nos dejará para siempre con miles de muertos en el armario (y, de paso, con Garzón procesado por tratar de hacer lo que debería haber hecho el Estado). No se tiene razón por haberla tenido: en 1978 quizá no era razonable (o simplemente era imposible) desenterrar a los muertos; en 2012 es un espanto que sigan enterrados. Pero ese espanto no es atribuible a los padres, sino a los hijos, que tanto nos avergonzamos de ellos.

LOS SABIOS DICEN QUE LA IZQUIERDA ESTÁ EN CRISIS. No me extraña: si no es capaz de reivindicar lo que hizo bien en el pasado, es improbable que haga algo bien en el futuro. ●

Ilustración de Gabi Beltrán